

Fin de fiesta

JOSE ANTONIO ABELLA

TODA romería culmina sacando al santo. La diferencia de las romerías electorales es que sus fieles devotos, a pesar de nuestra probada fe, nunca sabemos con certeza qué santo saldrá. En barullo son todas parecidas. Y caso, al menos esa es mi opinión, la que hoy culmina haya sido una de las más tranquilas de nuestra reciente democracia. Si exceptuamos los combates pugilísticos de los pesos superpesados –kilogramo más o menos, centímetro arriba o abajo–, todo ha transcurrido con menos toque de fanfarrias (o de gaitas) que en anteriores ocasiones. Incluso las calles se han visto limpias –es decir, con la suciedad habitual, pero no más– de los carteles y octavillas que en pretéritos comicios cubrían las paredes y los suelos de nuestras ciudades, para desesperación de los barrenderos y entretenimiento de los escolares que se dedicaban a fabricar aviones de papel.

Pues bien, dejando de lado la incidencia negativa que esta ola de austeridad propagandística haya de traer sobre las vocaciones de nuestras jóvenes promesas de la industria aeronáutica, no puede uno por menos que alegrarse de las mejoras ecológicas del modelo 93 –versión 6/J– con las que nos ha sorprendido la industria electoral.

Y es que no sólo hay que alegrarse por los cientos o miles de árboles que se han salvado de convertirse en pan-

fleto, sino por ese ciudadano feliz (sin adicción a las ondas hertzianas) que ha podido disfrutar de su cotidianidad sin el temor a que un megáfono le taladrara el tímpano y la foto de un señor sonriente (con sonrisa de anuncio dentífrico, eso sí) empapelara la fachada de su casa o incluso una señal de tráfico, con grave riesgo de su vida.

Uno no sabe si esta moderación publicitaria, que sin duda alguna es de agradecer, ha sido debida al crecimiento en madurez e inteligencia de los partidos políticos, a la crisis general del país, a sus propias crisis de financiación, al temor a los jueces (y barberos) que andan pelando las barbas del vecino, o a ninguna de estas causas.

Lo de las octavillas es fácil de explicar: hace ya tiempo que los publicistas están enterados de que pasaron a la historia; eran un recurso de la sociedad predemocrática, cuando la prensa tenía las alas cortadas y los ciudadanos veían alas de paloma en esas hojitas volanderas. El cartel siempre fue más apetecido por los publicistas, verdaderos mecánicos de la maquinaria electoral. Pero los carteles empiezan a estar pasados de moda, acaso porque un buen cartel ha de ser como un puñetazo en el ojo (alguien lo definió de este modo) y porque resulta que ya todo el personal tiene demasiados puñetazos en el ojo (saturados, que se dice) y no anda con ganas de más bronca.

Quien manda hoy es la televisión. Y la televisión es espectáculo. Un espectáculo contra el que los partidos minoritarios han proferido amargas quejas por la marginación en que se les deja con los debates o combates, entre los dos aspirantes al título de los superpesados (algo pesados sí que han sido). Se han quejado, y se han

quejado con razón. Pero también con inocencia. Porque un debate a seis bandas, pongamos por caso, no puede ofrecer nunca el espectáculo del cuerpo a cuerpo, que es con el que el espectador disfruta, por lo menos ese espectador aficionado al boxeo o a los seriales de muchos puños (con o sin rosa) y pocos diálogos. Y el espectáculo es lo que vende. Y lo que vende es lo que importa, especialmente cuando los ingresos de las cadenas televisivas están en relación directa con el tamaño de su audiencia, casi nunca con la calidad de sus programaciones. Por cierto, el que los dos debates estrella se hayan realizado en cadenas privadas no de-

ja de ser un interesante motivo de reflexión.

Pero no estamos hablando de reflexión, sino de televisión, que es casi –ustedes me perdonarán el juego de consonantes– la negación de la reflexión. Y la televisión es un medio difícil. Requiere más imágenes que palabras, por lo que el maquillaje y la po-

se siempre valen más que la idea y el pensamiento. Igual que los púgiles estudian con detenimiento los vídeos de sus peleas, el político actual tiene que estudiar todas las sutilezas del arte dramático en sus propios vídeos: «Aquí levantaste demasiado la ceja. Aquí hablaste deprisa. Aquí no mirabas a la cámara. Aquí tenías que haber levantado la voz. Aquí se te corrió el rimel. Aquí se te arrugó

el bigote...»

Pero, en fin, dejemos este estudio para las próximas elecciones, que hoy finaliza la romería y, por este año, tanto los elegibles como los electores nos hemos ganado un merecido descanso. Que ustedes lo voten bien.

«Si exceptuamos los combates pugilísticos de los pesos superpesados, todo ha transcurrido con menos toque de fanfarrias

”